

PACIFICO.

MAGAZINE



OCTUBRE
1913

Precio: UN PESO

JULIO TELLEZ

Son las once de la mañana del Miércoles 3 de Septiembre de 1925. Un sol tibia y descolorido, logra apenas transpasar las brumas que con tanta frecuencia entoidan la atmósfera del Pacífico occidental, por las alturas del desierto de Atacama. El mar está tranquilo como una balsa de aceite. El "Guillermo Subercaseaux", magnífico transatlántico de cincuenta mil toneladas, de turbina y tres hélices, el más poderoso de la Compañía Sud Americana de Vapores, surca majestuosamente las aguas en demanda del puerto, a su velocidad reglamentaria de veinticinco millas por hora.

Todo es animación sobre la cubierta del vapor. La brillante juventud de ambos sexos se divierte en una regocijada partida de Cricket marítimo... Las señoras forman corro a don Alejandro Murillo, presidente recién electo de la Sociedad Nacional de Agricultura, que, con su buen humor de costumbre, se entrega a la sabrosa tarea de confeccionar para su auditorio una reconfortante "biblia" en cognac. En un extremo de la toldilla, algunos caballeros más o menos graves, hablan de política... y del prójimo.

—Señores, grandes noticias, exclama de pronto un personaje, alto, gordo, simpático y risueño, que acaba de descender del puente. El capitán ha recibido un marcónigrama, anunciando que don Julio Tellez se embarca con nosotros en Antofagasta... ¿A que adivinan a dónde va?...

—No es difícil conjeturarlo, señor don Cor-



nello, dice Marcos Zapata, delegado por Cochabamba ante el Congreso de la Confederación del Pacífico. Tellez va a donde Ud. y yo... a las conferencias de Tacna.

—Cuando nosotros vamos Tellez viene de vuelta, agregó maliciosamente el aúdidio... Las conferencias de Tacna se han cerrado anoche... Tellez estuvo

allí de incógnito hasta el Lunes.

—Pero, ¿cómo lo sabes?

—Por este despacho, exclamó triunfalmente el impetuoso senador por Bfo-Bio.

Y sacando un papel del bolsillo de su vestón leyó ante la atónita concurrencia las siguientes líneas:

"Antofagasta: a las 10.45.—Las conferencias de Tacna han terminado anoche. Se ignora el resultado, que se mantiene en reserva. Sólo se sabe que Tellez llegó el Sábado último de incógnito, a la capital de la Confederación, que el Lunes tuvo en La Paz una entrevista privada con el Presidente Montes, y que llegará a ésta, hoy en el extra-rápido de Oruro, para embarcarse en el "Guillermo Subercaseaux" con destino a Europa. Se dice que lleva plenos poderes secretos, no se sabe con qué objeto. Relina grande ansiedad."

—Tellez a Europa... con poderes de los plenipotenciarios de Tacna... Vamos, esto es demasiado absurdo, observó el joven diputado Miguel Arrieta.

Todo había quedado en silencio sobre la cubierta del poderoso transatlántico; los jóvenes habían cesado de jugar, las

señoras de reír, y Murillo de batir su bi-blia.

—Todavía hay gentes, observó el señor don Cornelio, capaces de sorprenderse cuando de Tellez se trata... ¿A qué va a Europa?... ¿No recuerda, entonces, Miguel, sus viajes anteriores?... Pues esto será por el estilo... El mundo va a tener que hablar.

—Ríete cuanto quieras, repuso el diputado Arrieta, pero ni tú ni nadie podrían explicar por qué el problema de sí se admite o no a la República Argentina en la Confederación del Pacífico, haya de resolverse en Europa.

—Tanto más, agregó don Fermín Vergara, cuanto que según todos lo tenemos entendido, el Presidente, los Ministros y Tellez, han resuelto *in-petto*, acerca de las pretensiones de la República Argentina.

—Eso no basta, explicó el senador de Bio-Bio... Es cierto que el Gobierno de Chile parece tener formada su opinión en el negocio, pero tengo más razones de las necesarias para creer que tanto en el Perú, como en el Ecuador y en Colombia, se piensa de muy distinta manera. Entre los Estados de la Confederación, sólo Bolivia nos acompaña. Esto complica la situación.

Don Alejandro Murillo se había acercado al grupo de los políticos.

—Nos acompañen o no, dijo el presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, poco importa... El artículo 47 del Pacto Federal, ordena expresamente que no será admitido ningún Estado nuevo en la Confederación, sin el asentimiento unánime de todos los Gobiernos federados... Chile debe velar por su agricultura, cuyos productos similares a los de la República Argentina, no podrían sostener la competencia, si el vasto país trasandino, viniera a pegarse a nuestro sistema aduanero... Pero no... no debemos tener cuidado alguno... Allí está Tellez.

—¡Tellez y siempre Tellez!... exclamó el recalcitrante diputado Arrieta... Me comienza a cargar ese Tellez.

El espanto se pintó en el rostro de cada uno de los circunstantes, tan luego como fueron pronunciadas esas audaces palabras... Hacía mucho tiempo que en

Chile no se oía semejante blasfemia...
¡Dudar de Tellez!...

II

En 1910, quince años antes de los sucesos que venimos narrando, Julio Tellez desempeñaba el empleo de oficial de Registro Civil en el pueblo de Chonchi, departamento de Castro, provincia de Chiloé... El Napoleón sudamericano, al igual que su predecesor europeo, había nacido en una isla apartada, pobre y bravía. De su familia no se sabía gran cosa. Su bisabuelo, Tadeo Tellez, acompañó a Menéndez en sus viajes de exploración por la Patagonia occidental y dejó la reputación de alevado e inteligente aventurero. Su abuelo, Antonio del Rosario Tellez, fué capitán del ejército de Quintanilla y se batió por el Rey, hasta que una bala le arrebató la vida en el asalto de Pudeto. Su padre, a quien este acontecimiento dejó huérfano en la cuna, llevó la existencia obscura de profesor de primeras letras en una escuela rural. Se casó ya bastante entrado en años, con la hija de un pulpero italiano, oriundo de Roma, que se decía descendiente de Cayo Mario. De este matrimonio nació Julio Tellez, allá por los años de 1880... Era, pues, un hijo de viejo.

En la capital de Chile, el futuro grande hombre apareció de improviso, a fines de 1914, trayendo un negocio de colonización y tierras. No poseía en el mundo otra cosa que esos títulos, pacientemente desenterrados, de los archivos complicadísimos de la húmeda isla de Chiloé. Los abogados de Santiago hubieron, sin embargo, de convenir en que estaban en regla... Se formó una Sociedad Anónima, y desde entonces en la Bolsa casi se olvidaron de las Llaguna... Sólo se especulaba con las acciones de la "Compañía Agrícola del Sur".

La fortuna de Tellez creció en pocos meses como la espuma. Fué un axioma en la calle de la Bandera que quien no estaba con Tellez, estaba perdido.

Ese chilote era el hijo del diablo, sino el diablo mismo. Nadie era capaz de resistir a sus seducciones, ni de comprender sus cálculos... El salitre, el estafío, las ganaderas, el cambio internacional, no tenían secretos para Tellez.

Delgado, pálido, nervioso, con la silueta de un César, solía infundir a la vez miedo y cariño. Delante de él las gentes se preguntaban si aquel sér extraordinario era algo más o algo menos que un hombre.

Su moral no era buena, ni mala... Parecía, más bien, no tener moral, de ningún género. Lo que nadie era capaz de comprender, era el fin que Tellez se proponía. Ganaba mucho y sin escrúpulos, pero era abierto, generoso, derrochador, casi hasta la locura. Sus gastos personales eran modestos, parecía despreciar el dinero, y, sin embargo, no perdonaba medios para triunfar en sus audaces combinaciones.

En Marzo de 1915, fué elegido diputado por Castro y Quinchao, y ya, en el mes de Julio, las gentes perspicaces comenzaron a comprender que la política como la Bolsa también tenía un amo. El 3 de Agosto se dictaba la ley de protección a la Marina Mercante Nacional, presentada por don Guillermo Subercaseaux. En el Club de la Unión, se dijo, sin embargo, que el verdadero triunfador en la jornada era Tellez. El audaz especulador, había comprado secretamente y a bajo precio, casi el tercio de las acciones de la Compañía Sud Americana.

Por todas partes se gritó el escándalo; pero esto no impidió que ya en las sesiones extraordinarias de Octubre, Tellez, acaudillando una abigarrada e inverosímil mayoría, en la Cámara de Diputados, derribase el Ministerio García de la Huerta, con que había iniciado su Gobierno el Presidente Orrego (1915-1920).

El Gabinete Zañartu, que le sucedió, pertenecía a Tellez en alma y vida. No se nombraba un portero sin el visto bueno de Fray Andresito, como le decían. Pero Tellez no se limitaba a distribuir empleos públicos. Su acción fué inmensa. Dueño de la Bolsa, de los Bancos, de la prensa, de la mayoría parlamentaria, protegido por el supersticioso temor que solía inspirar, empezó a maniobrar en alta escala.

El tratado de paz y amistad con el Perú—que nos hizo definitivamente dueños de Tacna y Arica—fué firmado en Marzo de 1916. Dos meses después, se establecía la aduana libre con Bolivia... En Junio los agricultores, espantados ante el alza del cambio, producida gracias a las ma-

niobras bursátiles de Tellez, se apresuraban a decretar la conversión a franco. En Septiembre se emprendía en vasta escala por la gran Compañía Antártica, fundada por Tellez, la colonización de la Patagonia Chilena, y aún no concluía ese año fecundo, y ya Tellez echaba las primeras bases de la Gran Combinación Salitrera, que con el auxilio eficaz del Gobierno, iba a nacionalizar en poco tiempo la gran industria del Norte.

Comenzaron entonces las complicaciones internacionales. Inglaterra y Alemania estimaron atentatorios de los derechos de sus conciudadanos, algunos artículos de la ley de nacionalización. Tellez se fué entonces a Estados Unidos y consiguió allí hacer interpretar por centésima vez la doctrina de Monroe, en un sentido favorable a la soberanía de los países americanos. Pero cuando al año siguiente el Gobierno de Washington protestó a su vez por ciertas medidas tendientes a dificultar la dominación del capital norteamericano en Chile, fueron las potencias europeas, las que se levantaron para proteger nuestra independencia económica... Tal fué el doble triunfo diplomático de Tellez, cuya política desde entonces comenzó a basarse en el equilibrio perpetuo, entre las pretensiones de Norte América y las de la Europa.

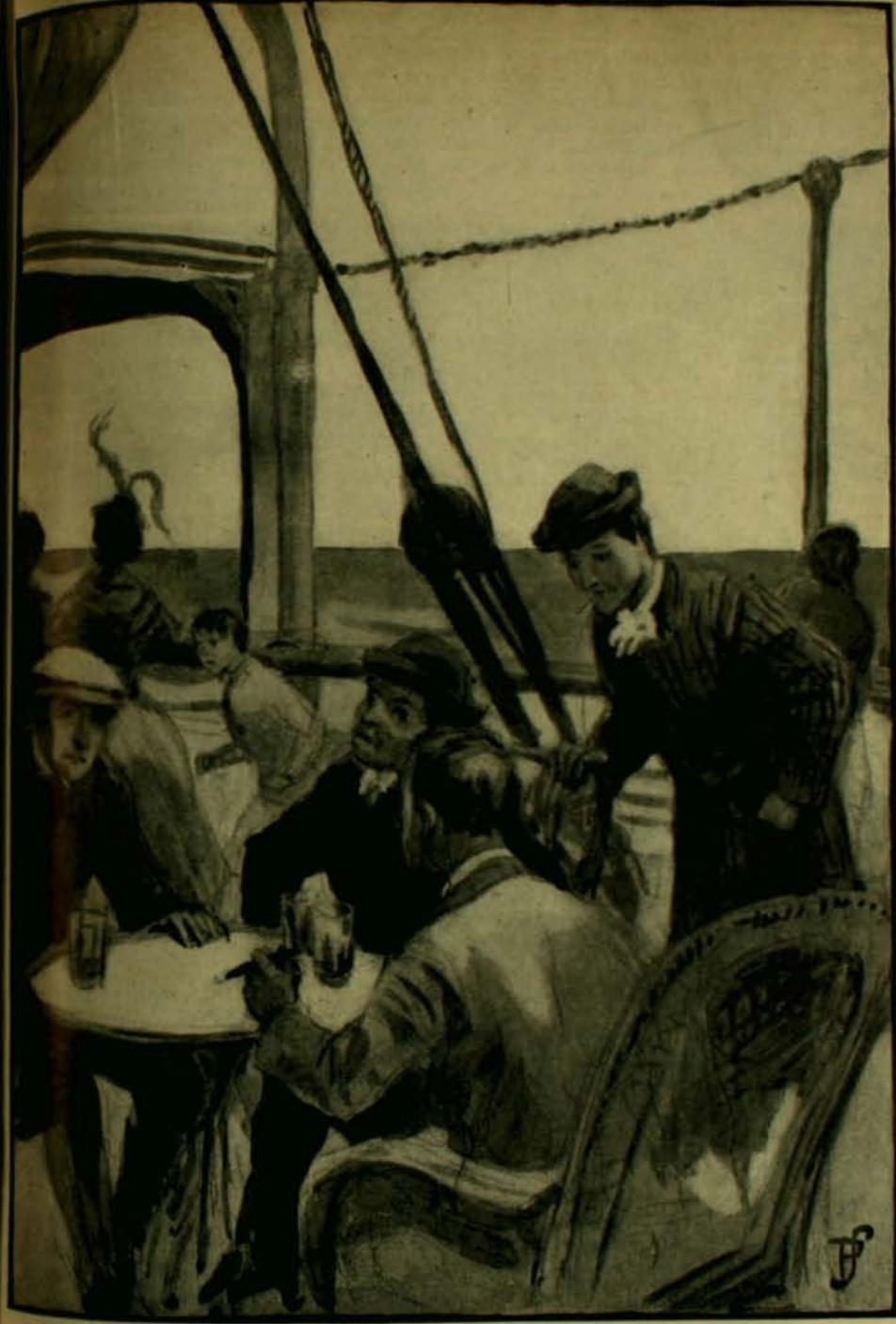
A la antigua fórmula "América para los americanos", substituyó otra que tuvo inmenso éxito... "La América del Sur para los americanos del Sur".

En Bolivia, en el Ecuador y aún en el mismo Perú, el nombre de Tellez sonaba ya casi tan alto como en Chile. Hasta en el Brasil, surgió un nuevo Conselheiro, que a la cabeza de millares de fanáticos, se levantó para proclamar Mesías, salvador de América, al ex-oficial civil de Chonchi.

En 1918, se formó la Confederación del Pacífico, entre las Repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Tacna fué declarada capital federal. Los delegados reunidos en la vieja ciudad del Caplina, ofrecieron por unanimidad la Presidencia a Tellez, pero el grande hombre prefirió continuar siendo simple diputado por Castro y Quinchao en el Congreso Nacional de Chile. Fué, pues, elegido un ecuatoriano, don Máximo Robles.



"Todo es animación sobre la cubierta del vapor. La



brillante juventud de ambos sexos se divierte...

Su fortuna se evaluaba ya entonces en doscientos o trescientos millones de pesos, y prometía ser muy pronto la más grande del mundo. Casi todos los terrenos baldíos de las cuatro Repúblicas confederadas le pertenecían. El oriente Amazónico de la América andina, esa vastas selvas, casi sin valor venal, fueron compradas por Tellez, que en cambio se hizo cargo del servicio de las deudas de los Estados respectivos.

En 1920, terminaba el período presidencial de don Rafael Orrego... Chile entero aclamó a Tellez, pero el dictador no quiso aceptar, ya por que las apariencias del poder le disgustaran, ya por que apreciara demasiado esa libertad absoluta de acción que le permitía encontrarse casi simultáneamente, dirigiéndolo todo, desde las orillas de Guayas hasta el Estrecho de Magallanes.

En 1922, Colombia y Venezuela adhirieron a la Confederación del Pacífico. La República de Panamá, esa triste factoría yanqui, que tan caro ha pagado su traición a la causa de la América Latina, quiso imitar este ejemplo, pero los Estados Unidos no la permitieron. Tellez quiso acudir a Europa, pero esta vez los celos y rivalidades que existían entre las naciones del Viejo Mundo, paralizaron la acción de la diplomacia.

Fué el primer contratiempo de la carrera de Tellez.

Por ese mismo tiempo, comenzó a levantarse en la República Argentina, un partido favorable al ingreso de la gran nación oriental de la América española, a la Confederación del Pacífico. El nuevo partido llegó a dominar en 1924, y comenzaron las negociaciones. En un principio los argentinos soñaron conseguir que se designara a Montevideo como nueva capital federal.

Apoyaban esta pretensión con infinitas razones de carácter geográfico. Decían que Montevideo era el puerto de la América del Sur española, más cercano a Europa, y que se encontraba además sobre el Océano Atlántico, el mar de la civilización por excelencia, en tanto que Tacna era sólo un agujero, perdido en una remota extensión del mundo.

Un notable artículo de "El Mercurio" de Santiago, atribuido por sus admiradores al propio Tellez, rebatió victoriosamente

estas apreciaciones antojadizas. Todos los puertos de la América del Sur española, salvo los de Chile y Argentina, estaban más cerca de Europa que Montevideo, desde que se había abierto el canal de Panamá. El propio puerto de Arica, que era el de la capital federal, se encontraba a la misma distancia de Europa que Montevideo, y lejos de encontrarse abierto sobre el solitario Atlántico del Sur, sin más perspectivas que las del África salvaje y estéril, se abría sobre las costas del más grande océano de la tierra, sembrado de magníficos archipiélagos, futuro campo de la expansión colonial de hispano América. El articulista agregaba que según los cálculos de un gran matemático, publicados dos o tres meses antes en el "Pacífico Magazine", el centro geométrico de la figura formada por las naciones hispanas de la América del Sur, se encontraba en el lago Titicaca, a pocos kilómetros de Tacna. La victoriosa refutación de "El Mercurio" terminaba con el recuerdo ditirámico de las magnificencias de la Tacna Moderna, con su clima sano, parejo, y sus feraces campañas, en las cuales, gracias al inmenso sifón establecido en 1920, sobre el Titicaca, podían regarse cuatro mil kilómetros cuadrados de las tierras más ricas del mundo.

Al año siguiente, esto es, en 1925, y poco antes del comienzo de nuestra relación, el problema del ingreso de la República Argentina a la Confederación había vuelto a plantearse. Tal era el motivo de las conferencias internacionales, tan bruscamente interrumpidas en Tacna en la noche del 2 de Septiembre.

III

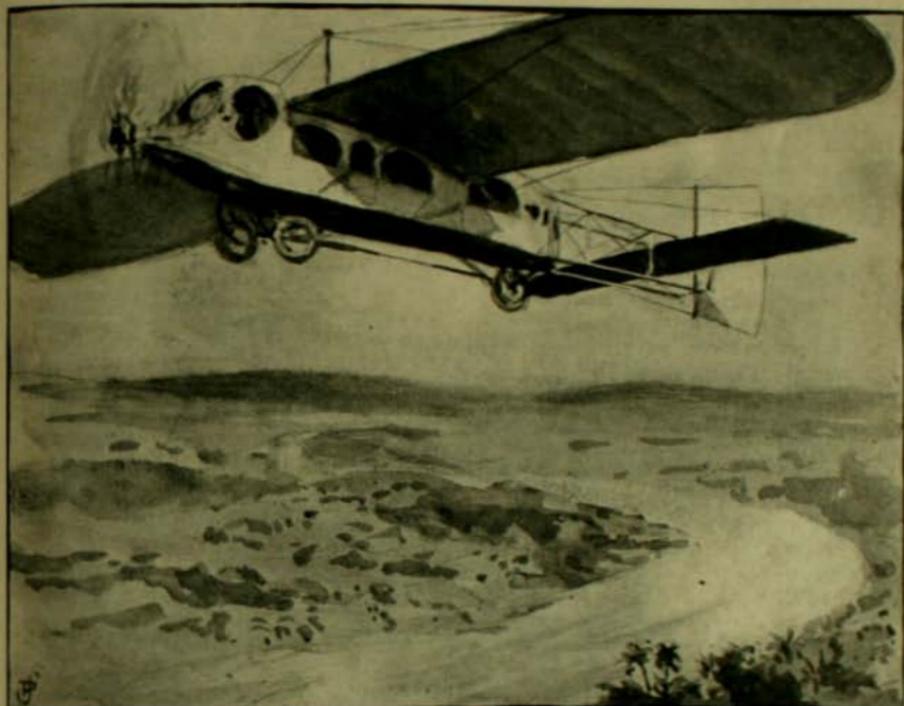
Terminaba apenas el almuerzo a bordo del "Guillermo Subercaseaux", cuando el poderoso transatlántico se amarraba en la dársena número 5 del gran puerto de Antofagasta. Magnífico espectáculo era el que presentaba la gran ciudad salitrea nacida poco más de medio siglo antes, en las riberas de un desierto inhospitalario y que emporio hoy del comercio para todo el sur de Bolivia, hasta el gran Chaco y centro principal de la industria del salitre, encerraba dentro de su vasto recinto más de trescientos mil habitantes. La an-

tes árida llanura del litoral y las partes más bajas de los cerros del desierto, desaparecían bajo un océano de verdura, gracias a los pozos artesianos abiertos en la Quebrada de la Negra el año de 1921. El barrio comercial, como en las ciudades de Estados Unidos, estaba cubierto de

—¿Y don Julio? reguntó a uno de los recién llegados el señor don Cornelio, incapaz de reprimir por más tiempo su curiosidad.

—¿Qué don Julio?... repuso el otro...

—Tellez... ¿Por quién otro podía preguntar?



"Un soberbio aeroplano surcaba los aires con rapidez vertiginosa".

rasca-cielos gigantescos, en tanto que los arrabales no eran sino una continuada sucesión de magníficos palacios rodeados de jardines, que habitaban los ricos comerciantes e industriales de aquel poderoso imperio mercantil.

Los pasajeros del "Guillermo Suberca-seaux" se apresuraron a desembarcar y se dirigieron a la gran estación del ferrocarril, en espera del tren internacional que debía conducir al célebre Tellez.

Pocos minutos después, el poderoso convoy hacía resonar la vasta bóveda de cristales... Una muchedumbre inmensa llenaba los andenes, en ansiosa expectativa... Los viajeros descendieron en animados grupos... Pero Tellez no apareció...

—No vino con nosotros... Esta mañana, al amanecer, salió de Oruro, en un aeroplano Avalos, de cuatrocientos caballos, con rumbo desconocido.

La sensacional noticia fué muy pronto conocida del público... Tellez no venía por esta vez a Antofagasta.

A la misma hora en que tenía lugar esta escena, otra de muy diverso género se desarrollaba sobre las vastas llanuras amazónicas, que bordean el curso del río Tapajos. La soberbia selva ecuatorial, dormitaba silenciosa bajo los cálidos rayos del sol del medio día... Ni el más insignificante soplo de brisa, refrescaba la abrasada atmósfera. Al Norte, al Sur, en

todas direcciones, se extendía un manto uniforme de pomposa verdura.

A doscientos metros, apenas por encima de las altas capas de los árboles, un soberbio aeroplano, surcaba los aires con rapidez vertiginosa. El ronco zumbido de su cuádruple hélice, dominaba el silencio de la naturaleza, y a su paso la calma de la atmósfera se tornaba huracanado torbellino.

La larga barquilla fusiforme del aeroplano, se dividía en cuatro compartimentos. El delantero, guarnecido de cristales, contenía al piloto, que, con las manos sobre el volante y los ojos fijos en el horizonte lejano, dirigía la estupenda máquina, al través de vasto océano invisible.

Seguía un compartimento de dos metros de ancho, por cinco de largo, destinado a sala y comedor. El otro, de iguales dimensiones, contenía cuatro lechos o literas... Por fin, la parte posterior del aeroplano, era el sitio destinado al estupefacto motor de cuatrocientos caballos de fuerza, que le imprimía su loca carrera de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Al rededor de la mesa, del segundo compartimento, tres personajes sencillamente vestidos, conversaban con diferente animación con un joven de mediana estatura, espaciosa frente y mirada de águila.

—De modo, coronel, preguntó el joven, que cree Ud. poder cumplir su promesa.

Sí, señor, repuso el interpelado. Hace seis horas que hemos partido de Oruro, y acabamos de pasar por sobre la confluencia del río San Manuel con el Tapajos... Nuestra velocidad ha sido, pues, de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora, y como el "Lautaro" tiene en sus depósitos bencina para sesenta horas, no es dudoso que pasado mañana al amanecer estaremos en Londres.

Un relámpago brilló en la genial mirada de Julio Tellez.

La alegría le puso más comunicativo que de ordinario. Aquel grande hombre, en cuya fisonomía se aliaban los rasgos de Napoleón Bonaparte, con los que la tradición nos ha conservado de César, poseía una estructura moral más análoga a la del superhombre romano que a la del Emperador corso. Maravillosamente equilibrado, elocuente, caballeroso, afable e insinuante en el

trato diario de la vida, nada tenía de los modales bruscos ni de las actitudes despóticas del gran conquistador del siglo XIX.

No se erguía jamás sobre el pedestal de su grandeza. Su estilo sencillo, conciso, profundamente serio, como el del ilustre historiador de los Comentarios, estaba exento de esa dramática ampulosidad que tanto prestigio valió a Napoleón entre los franceses impresionables y verbosos... Imponía por la acción más que por la palabra. En el abandono de la tranquilidad, llegaba a aparecer un hombre como los otros.

—Es indispensable, dijo, después de reflexionar un momento, que pasado mañana estemos en Londres. En Ud., coronel Avalos, confío.

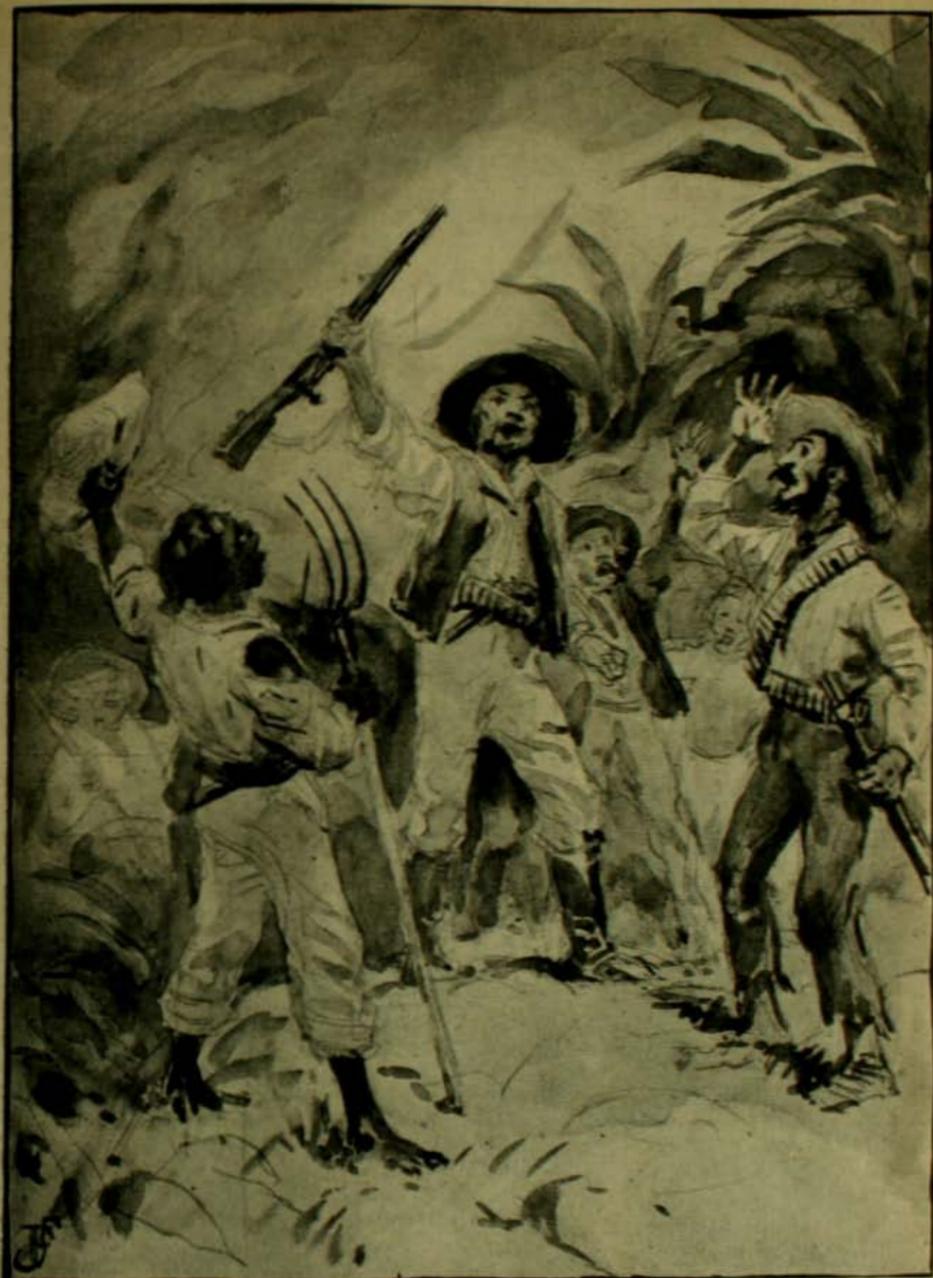
El aludido se inclinó.

—Fácil es comprender, agregó Tellez, la excitación que deben haber causado los últimos sucesos en toda la América. Es imposible que no se haya transparentado ya algo de lo ocurrido en Tacna. Por otra parte, ¿a qué ocultarlo? Lo único importante es llegar a tiempo... Y... no lo niego, coronel, cuando pienso en el estupor producido en el mundo, no hace sino muy pocos meses, por la primera travesía del Atlántico en un aeroplano, no puedo menos de abrigar mis dudas, acerca del éxito de esta tentativa... Se trata de cubrir una distancia doble o triple de aquella.

—El problema es sencillísimo, observó el coronel Avalos... 10,800 kilómetros, a 250 por hora, 43 horas y media... Nosotros tenemos bencina para sesenta.

Se produjo un instante de silencio. Manuel González, el joven secretario de Tellez, dió principio a los preparativos de almuerzo.

—Mucho hemos luchado, dijo, por esta causa—de la América del Sur, que es la de Chile y la de todos nosotros. Hace un siglo, conquistamos la independencia política, pero hemos continuado siendo simples factorías de la industria y del capital extranjeros. Mientras sólo nos dominaron las naciones de Europa, no supimos sentir el peso de esas cadenas... El europeo es afable, lleno de miramientos, civilizado desde hace muchos siglos y sabe apoderarse de todo, sin mortificar con su yugo... Llegaron después los americanos del Norte... Esos no sólo poseen toda la energía, sino también la inconsciente crueldad de la ni-



"A doscientos metros apenas, por encima de las altas copas de los árboles

ñez... No saben disimular ni su superioridad ni el desprecio que sienten por nosotros... allí tenemos la muestra de esas pobres Repúblicas de Centro América, de ese

Méjico, en fin... Hasta ayer no más, el Ecuador, el Perú mismo, vieron conquistado su suelo, la herencia de su raza, sus riquezas, sus instrumentos de progreso, por esos

Invasores, a quienes nada detiene, que no conocen el miedo ni los obstáculos. Han triunfado, sin disparar un tiro, por la sola fuerza del capital y de una cultura superior... Es tiempo de que esto termine... y terminará... La vida entera de todos los sud-americanos de esta generación no debe tener otro objeto.

Nada más dijo el diputado de Castro y Quinchao... En seguida, como riendo de su propio desborde, comenzó a atacar con más que regular apetito, una conserva de ave de Rancagua, que su secretario acababa de presentarle.

IV

Por cerca de un siglo la política internacional de la América del Sur no fué más allá de las fronteras del continente. Las guerras y las alianzas tuvieron constantemente lugar, entre estos países, que continuaban llamándose, acaso por irrisión, Repúblicas hermanas.

En 1903, la independencia de Panamá, abiertamente sostenida por los Estados Unidos, que pusieron entonces por vez primera la planta, en el territorio de la América austral, hizo brotar los gérmenes, aún débiles y raquíticos de la solidaridad hispano-americana, en presencia de un peligro, que la intervención yanqui en Cuba, no había bastado a revelar.

Más tarde, los acontecimientos se precipitaron... En 1912 y 1913, Méjico se vió anarquizado por la influencia norteamericana, y algunos de los países de Centro América, fueron cayendo insensiblemente, y poco a poco a la condición de protectorados, cuyos últimos vestigios de independencia no tardarían en desaparecer.

Correspondió al genio de Julio Teller la gloria de encontrar la defensa de la América Latina, en esa Europa que tantas decepciones inspirara a los políticos románticos de 1865. Por poco previsoros que fueran los Gobiernos europeos, debieron de comprender al cabo, que la dominación sin contrapeso de los yanquis en Sud América, constituía un rudo golpe para el comercio de las naciones industriales del Viejo Mundo.

Desde entonces, la política de Chile y la de la Confederación del Pacífico, dejaron

de ser exclusivamente continentales, y en los nueve años corridos desde 1916 a 1925, tanto Teller como los Gobiernos por él inspirados, siguieron una táctica de básuca, que oponiendo los Estados Unidos a la Europa, y la Europa a los Estados Unidos, fué capaz de mantener la independencia política y económica de la América austral.

En el momento de cerrarse las conferencias de Tacna, la situación era de ansiosa expectativa. Al hondo problema de la admisión de la Argentina en la Confederación del Pacífico, se unía la inquietud de una situación vidriosa, apenas disimulada, en la política general de la América y del mundo.

La causa de semejante inquietud, era ya antigua. La dominación exclusiva de los norte-americanos en Panamá y en el canal interoceánico, fué desde sus comienzos una seria amenaza para la libre competencia en el comercio mundial, y para la independencia política de los estados sud-americanos del Pacífico. Todas las convenciones internacionales celebradas con el objeto de garantizar la igualdad de todas las banderas en el Istmo, resultaron inútiles, porque el Gobierno de Washington, dueño del sitio, encontró siempre manera de burlarlas. Así, en Europa se había llegado al convencimiento de que la única solución del problema, sería arrebatarse los Estados Unidos el dominio del canal de Panamá. Se recordaba que la joven y poderosa República, no había merecido la confianza del mundo, como dueña de esa gran vía marítima, y que su conducta en nada se parecía a la muy observada en Suez por Inglaterra.

Tal era el estado de las cosas, cuando comenzaron en Agosto de 1925, las conferencias de Tacna, cuyo objeto visible, era, como hemos dicho, la admisión de la Argentina en la Confederación del Pacífico.

Los delegados de las seis Repúblicas, tenían instrucciones en el sentido de no oponerse a dicho ingreso, que sólo Chile tenía motivos para mirar con recelo.

Se suscitó entonces la cuestión capital. Los argentinos continuaban acariciando la disparatada candidatura de Montevideo.

Cuando la discusión llegaba a un período álgido, el delegado peruano, don

José de la Riva Agüero, presentó a la consideración de sus colegas, un documento diplomático de género tan nuevo, y al parecer tan extravagante, que más de alguno de los circunstantes llegó a pensar que el distinguido diplomático había perdido el juicio.

Era un cartón bastante grueso, y de forma caprichosamente irregular.

—Esta es, dijo Riva Agüero, una representación exacta del territorio de la Confederación, supuesto el ingreso en ella de las tres Repúblicas del Plata. He marcado también aquí, la situación de las ciudades principales de las nueve Repúblicas...

Nadie sospechaba a dónde iría a parar el diplomático peruano.

—Las matemáticas nos enseñan, agregó don José, que el centro de gravedad de un plano irregular, es el punto desde el cual puede suspenderse, en forma que

quede en equilibrio, esto es, en posición horizontal... Suspendamos, pues, a la Confederación desde este punto, esto es, desde Montevideo... Ustedes... lo ven... No hay tal equilibrio... la extremidad en que están Colombia y Venezuela, caen casi verticalmente hacia el suelo, y el Cabo de Hornos, apunta más o menos al cénit... Muy lejos está, pues, Montevideo, de ser el centro geográfico de la Confederación.

Hagamos, ahora, el ensayo en Tacna... La extremidad norte se inclina todavía un poco, pero el plano resulta casi horizontal... El centro no está, pues, muy lejos de la actual capital... Ensayemos el lago Titicaca... Es evidente que "El Mercurio" tuvo razón. Este sería el centro de gravedad de la nueva Confederación, el cual no está lejos de esta ciudad de Tacna...

El delegado argentino iba a replicar,



"En usted, coronel Avalos, confío".

cuando un ujier abrió la puerta, y con la estupefacción consiguiente de todos los circunstantes, penetró en la sala Julio Telles.

El grande hombre, simple diputado chileno por Castro y Quinchao, no tenía título alguno oficial para ser admitido en la conferencia... pero por la mente de nadie, pasó la idea de recordárselo.... Todos, por el contrario, parecían aguardar impacientes la expresión de sus deseos... o acaso una orden.

Telles se dirigió directamente hacia el delegado argentino.

—¿Tiene Ud., preguntó con voz brava y decidida, tiene Ud. instrucciones para ceder en el asunto de ubicación de la capital?

—Debo recordar a Ud., balbuceó el delegado, que esa pregunta no está conforme con los usos diplomáticos.

—Voy a precisar el asunto, repuso Telles, sin inmutarse... Los momentos son solemnes, no hay una hora ni un minuto que perder... Si Ud. no tiene instrucciones bastantes, mejor sería dejar por ahora el negocio del ingreso de la República Argentina en la Confederación... Hay algo más urgente e impostergable que esto...

Todos los rostros interrogaban.

—Señor delegado, volvió la voz de Telles... La Inglaterra y Alemania acaban de negociar la neutralidad de las demás potencias europeas... Antes de cuatro días, la cuestión de Panamá va a decidirse a cañonazos en los mares del mundo... y en ella la independencia o la esclavitud de la América española... Esta causa no puede ser indiferente a la República Argentina... Disponemos de muy pocas horas... Otra ocasión como esta no volverá a presentarse. Señor delegado, la Confederación dispone de veinte grandes acorazados del tipo "Neptunian", la Argentina de ocho... La América del Sur podría decidir el conflicto... El Brasil será neutral... Es todo cuanto se ha podido avanzar. Vengo de Río Janeiro, y voy a Londres... En Oruro me espera Avalos con su aeroplano... Ud. señor delegado llevará esta carta mía al Presidente de la Argentina... Hoy será alianza en pro de la causa común... Mañana decidiremos, después de la victoria, el problema de la Confederación.

Aquel verbo rápido, belicoso, incisivo, tenía el privilegio de arrastrar las voluntades.

Y hé aquí por qué esa misma noche del 2 de Septiembre se cerraban inopinadamente las conferencias de Tacna... ¿Cuánto tiempo había de conservarse el secreto terrible?

V

Al fondear el "Guillermo Subercaseaux" en la rada de Arica, no encontró los seis acorazados de la Confederación, que invernaban allí desde el mes de Abril. La noche anterior habían partido con destino a Punta Arenas, según se decía en la ciudad.

La noticia en sí misma no era alarmante, pues las grandes maniobras navales debían tener lugar por esos días en los mares del sur. Sin embargo, no dejaban de circular débiles pero persistentes rumores anunciadores de grandiosos acontecimientos.

Se decía, por ejemplo, que el contralmirante Aguirre era portador de un pliego cerrado de instrucciones, que debía abrir en alta mar. Las autoridades desmentían estos diceres con insistencia, y la prensa continuaba muda al respecto.

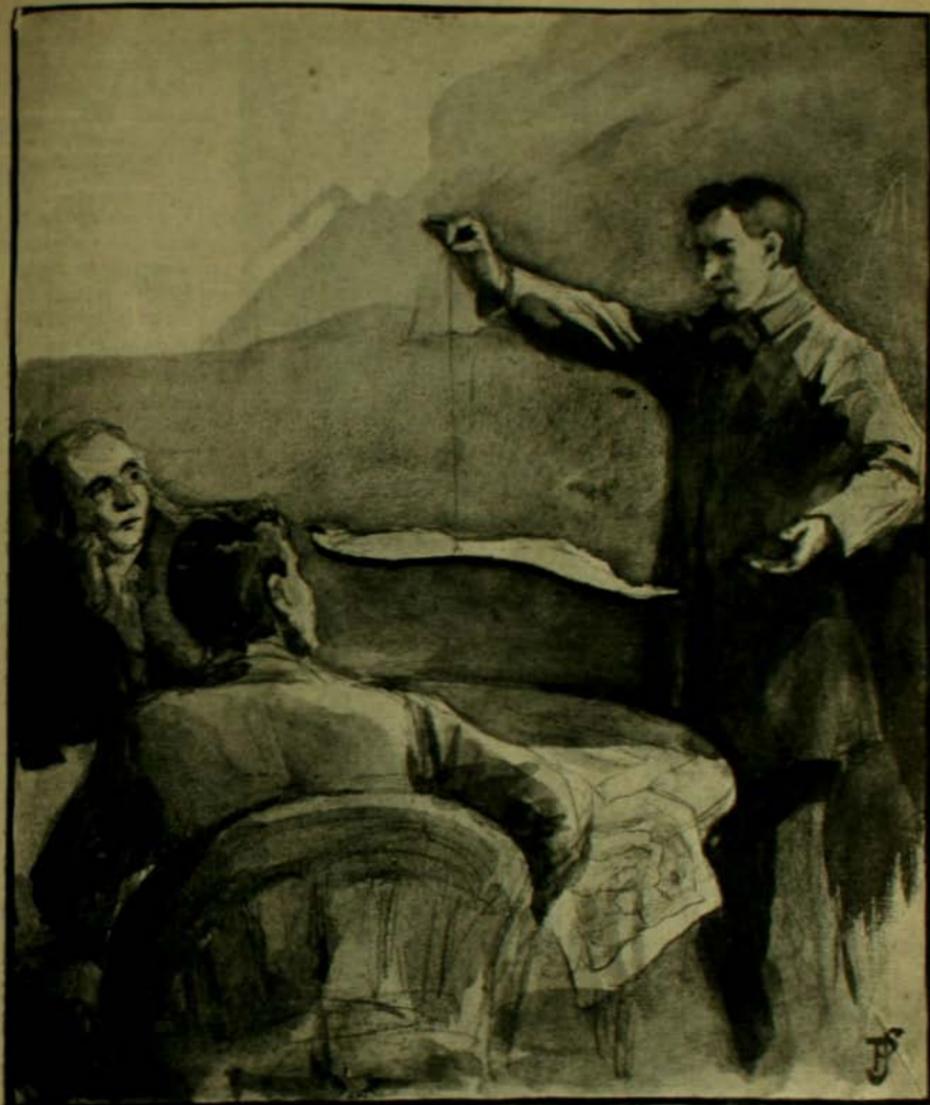
El senador por Cauflín, después de desembarcar, se dirigió en compañía de Marcos Zapata, a la Agencia del Banco de Chile, institución de que era, en Santiago, uno de los más prestigiosos consejeros.

Después de los saludos de estilo, preguntó por el cambio.

—No hay buenas noticias, contestó el agente. El día de ayer fué crítico. Se han retirado más de ochocientos mil libras de la Caja de Conversión... Se espera un retiro, por lo menos igual, el día de hoy... El descuento está a seis y medio... Los bonos del cinco han bajado a 98... se dice que la causa del transtorno, nos viene, como siempre, de Europa. Los Bancos alemanes han iniciado un nuevo período de cobros violentos.

—¿Y qué nos dice Ud., preguntó don Cornelio, de la súbita partida de la escuadra de evoluciones?

—Que ha producido alguna alarma, pero no creo que haya fundamento para ello.



"Era un cartón bastante grueso y de forma caprichosamente irregular".

Son las maniobras navales de todos los años.

—¿Pero por qué esta partida sin anuncio previo?

—El Gobierno lo ha declarado oficialmente en los diarios de la mañana de hoy... Las maniobras tendrán este año la particularidad de la sorpresa... La escuadra ha tenido que ponerse en marcha, como si se trata de un caso urgente o

imprevisto... Así se podrá juzgar de su estado de preparación.

El senador de Cautín sacudió la cabeza en señal de duda... "Siempre los mismos estos banqueros, se decía, verán desplomarse el mundo, sin abandonar su tranquilidad estoica. Para ellos no hay sino un cataclismo: la corrida."

Un inmenso clamor que venía de la calle, interrumpió las meditaciones de don



"Un empleado pálido y tembloroso penetró en la oficina".

Cornelio... Momentos después, un empleado pálido y tembloroso, penetró en la oficina...

—¿Qué ocurre? preguntó el argentino.

—Ocurre, contestó el empleado, que en este momento penetran en la bahía veinte grandes acorazados que llevan la bandera de los Estados Unidos.

La más espantosa confusión reinaba en la ciudad... Las gentes corrían en todas direcciones. En la cumbre del morro hormigucaba una compacta multitud que interrogaba el horizonte.

El senador de Cautín corrió hacia la Go-

bernación. En la puerta, un centinela le detuvo.

—Soy senador, dijo don Cornelio, mostrando la medalla de oro que colgaba de su cadena.

—Tengo orden de no permitir la entrada sino a los funcionarios de Gobierno, observó con mucha política el oficial de guardia.

Habían pasado los tiempos en que a los congresales les era permitido todo.

El señor don Cornelio iba a impacientarse, cuando, felizmente para él, lo alcanzó a divisar desde el interior del edificio el secretario de la Gobernación.

—Permítame más la entrada al caballero, dijo al oficial de guardia.

Don Cornelio penetró en el despacho del gobernador, donde se encontraban reunidas ocho o diez personas, en cuyos rostros se pintaba la más viva ansiedad.

—Lo peor del caso es la ausencia de Tellez, observó el gobernador... El no ha

previsto semejante contingencia... ¡Parece mentira!...

—Pero, ¿qué pudo significar esa escuadra que no se había anunciado? preguntó el senador de Cautín.

Los circustantes se miraron las caras, antes de hablar.

—Don Cornelio es hombre discreto, observó tímidamente el secretario... Además, es tan poco lo que sabemos.

El gobernador tomó la palabra.

—He aquí los hechos, dijo. Hace poco más de una hora el vigía del morro anunció que se divisaba una veintena de humos

en alta mar. Poco después se ha reconocido que se trata de acorazados americanos... Nada más sabemos. En cuanto al resto, estamos limitados a simples conjeturas...

Los circustantes volvieron a mirarse las caras.

—El resultado de las conferencias de Tacna, continuó tímidamente el gobernador, se mantiene en reserva, salvo para contadísimas personas. Al terminar la última sesión, Tellez, que había asistido a ella, se encerró una hora larga con los secretarios de Estado de la Confederación, y partió en seguida para Oruro... Parece que allí se encontró con un aeroplano de Avalos, en el cual ha partido... quién sabe en qué dirección.

—Pero, ¿qué tiene que ver esto con aquello? preguntó el impaciente senador.

—De eso hablábamos, repuso el senador. Todos creemos aquí, que la partida de nuestra división naval, con rumbo también desconocido, ha sido uno de los resultados de aquellas conferencias... Acaso Tellez se proponía dar un golpe de mano... La tirantéz de relaciones entre los Estados Unidos y los dos grandes Estados comerciales de Europa no es un misterio para nadie. La mirada de Tellez está hace tiempo fija en Panamá!... Pero, ¡por Dios! don Cornelio... Reserva, mucha reserva... Está de por medio la salvación del país.

—¿De modo qué? interrogó el aludido...

—Temíamos, dijo el gobernador, con voz tan baja como suspiro... Temíamos que los Estados Unidos hayan tenido el mismo pensamiento que le atribuíamos a Tellez.

En ese mismo instante sonó un cañonazo lejano. Los rostros de los circustantes se volvieron lívidos.

Al primer estampido, sucedió un segundo, y otros más a intervalos regulares.

—La escuadra norte-americana saludó a la plaza, observó el gobernador.

En efecto, momentos después, uno de los fuertes del morro contestaba el saludo.

VI

Apenas recibida la poderosa escuadra yanqui con las formalidades de estilo, una pequeña falúa se desprendió a fuerza de remos del costado del formidable navío "Abana". Aparte de la marinería, sólo llevaba

un sólo pasajero, sencillamente vestido con traje civil.

Era un norteamericano joven, enjuto de carnes, de ojos grises y aspecto casi infantil. Saltó ágilmente el muelle y preguntó en perfecto castellano por el camino que conducía a la Gobernación.

Minutos después, era introducido a una pequeña sala, contigua a la que ya conocemos.

El gobernador lo recibió solo y sin ceremonia.

—Soy portador, dijo el joven americano, de una comunicación urgente, para el Excelentísimo señor Secretario de Estado de la Confederación, y vengo a solicitar de US. los medios de trasladarme a Tacna.

—¿Trae Ud. credenciales? preguntó el gobernador, sin saber lo que decía.

—Mis credenciales, repuso el americano, son esos veinte acorazados que acaban de fondear en la bahía de Arica.

—Voy a dar órdenes para que preparen a Ud. un tren especial, balbuceó el gobernador... Estará listo dentro de pocas horas.

Yo lo necesito, dentro de veinte minutos, repuso el otro sin inmutarse. No es menester más tiempo para enganchar un carro a una de las muchas locomotoras que he visto en la estación, con los fuegos encendidos.

El gobernador salió para dar las órdenes del caso.

—Ud. pensará sin duda que mi conducta es un tanto extraña, dijo el americano por vía de disculpa, una vez que el gobernador hubo regresado, pero hay casos en que es imposible respetar las fórmulas... Mis instrucciones me ordenan estar en Tacna, y delante del Excmo. señor Secretario de Estado, antes del medio día.

No usó de más ceremonias el extraño emisario de los Estados Unidos, para introducirse en el despacho del señor don Luis Izquierdo, Secretario de Estado y Ministro de Negocios Extranjeros de la Confederación del Pacífico.

Después de presentarse con la mayor naturalidad, el americano se limitó a alargar al Ministro un pliego cerrado.

—Volveré por la respuesta mañana a esta misma hora, dijo... y salió del despacho, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Sin recobrase de su sorpresa, Izquierdo abrió el pliego, pasó la vista por los cortos renglones que contenía, y sin que se moviera un solo músculo de su rostro, se limitó a murmurar estas sencillas frases:

—Era lo que esperábamos... Pero Tellez no había previsto esta emergencia.

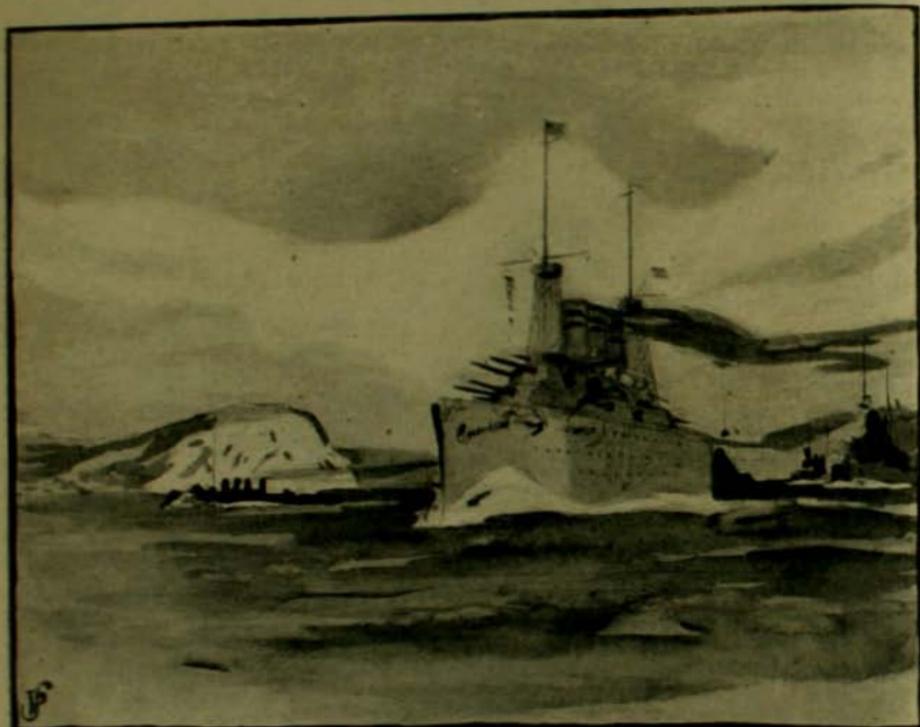
El Gabinete se encontraba reunido desde

—Tellez no había previsto esta emergencia.

Sólo el Presidente de la Confederación se mantenía tranquilo.

Aunque no lo hubiera previsto, dijo, por fortuna los americanos nos dan un plazo suficiente...

—¡Veinticuatro horas! exclamó el Minis-



"Penetran en la bahía veinte grandes acorazados que llevan la bandera de los EE. UU."

la mañana en el salón vecino. Izquierdo se limitó a repetir a sus colegas la observación que ya para sí había formulado.

—¿Y qué plazo nos dan? preguntó el Presidente.

—Veinticuatro horas, repuso Izquierdo. Si mañana a medio día la Confederación del Pacífico no ha declarado su neutralidad, en el conflicto que va a estallar entre los Estados Unidos, la Inglaterra y la Alemania, la escuadra del comodoro Wilson romperá sus fuegos contra la plaza de Arica, y las hostilidades quedarán rotas de hecho.

A pesar de la voz segura y de los tranquilos ademanes del Ministro, sus palabras cayeron como una bomba, causando un sentimiento de general estupor.

Varios repitieron la misma frase:

tro de Aduanas y Ferrocarriles, García Calderón.

—Sí, veinticuatro horas, repuso el Presidente con la misma calma. Mañana estamos a cinco... Hora es ya de hablar claro... Mañana, muy temprano, llegará Tellez a Londres, en el aeroplano Avalos. Lleva plenos poderes para concluir nuestra alianza con Inglaterra, y para quien conozca los procedimientos de don Julio, no será un misterio que de todas maneras, mañana se habrá decidido la paz o la guerra...

—¿Mañana a las doce?... objetó García Calderón.

—Si tomamos en cuenta la diferencia de meridianos, el medio día en Arica, son las cinco de la tarde en Londres. A esa hora sabremos ya a qué atenernos.

—Pero en todo caso, observó el Ministro Izquierdo, con ademán pensativo, el hecho es que no habíamos contado con este ataque inmediato.

El Presidente y el Ministro de la Guerra se miraron.

—No es necesario ocultarlo por más tiempo, dijo el Presidente... El ataque de Arica por la escuadra del comodoro Wilson, está muy lejos de entorpecer los planes de Télez... Antes bien los facilita... ¿No es esa, general, la opinión de Ud?

El Ministro de la Guerra hizo un signo afirmativo.

—Muy distinto habría sido, observó, si nuestra escuadra estuviera aún en Arica, pero felizmente hace dieciocho horas a que ha partido, y está ya fuera del alcance de los cañones de Wilson.

—No hay, pues, motivo para alarmarse, dijo el Presidente. Es seguro que mañana, antes de que se cumpla el plazo de veinticuatro horas, tendremos noticias de Télez... Según sean ellas, declararemos nuestra neutralidad o nos batiremos.

—Habrá que tener al corriente de lo que pasa a nuestra Legación en Londres observó Izquierdo, por decir algo... Es evidente que los americanos no han contado ni por un momento con nuestra neutralidad. De otra manera, no se habrían comprometido

en un acto que, como el realizado por el comodoro Wilson, significa casi el rompimiento de hostilidades contra nosotros, y sin duda alguna, una declaración de guerra, para las naciones transatlánticas. Opino, por otra parte, como el señor Presidente... Nuestra respuesta, dependerá, mañana, de las noticias que tengamos de Télez.

El resultado del Consejo de Ministros se mantenía en reserva, como era natural... y ni siquiera se supo en el público la naturaleza de la comunicación traída a bordo de veinte acorazados del tipo "Neptunian", por el comodoro Wilson.

La ansiedad no fué por ello menor. Fué imposible que no se transparentara algo de los preparativos militares, cuya actividad había redoblado desde la llegada del comodoro.

Al día siguiente, a las once y tres cuartos de la mañana, se hallaban reunidos en la sala que conocemos el Presidente y los Ministros de la Confederación.

La ansiedad se ointaba en todos los semblantes. La esperada comunicación de Télez no llegaba todavía. Un momento más, y sería necesario decidir a obscuras la gran cuestión de la guerra o la paz.

J. B. C.

(Continuará)

TERNURA FILIAL

Luis XV Rey de Francia mandó un embajador a Alsacia para que le buscara una esposa digna. Llegado a Vissemburgo el embajador se detuvo en casa de un Rey destronado que vivía en el destierro y casi en la pobreza.

Al entrar en un gran salón pobremente amoblado se sorprendió a la vista de una hermosa joven que, de rodillas ante su padre anciano y gotoso le daba de comer no queriendo confiar a nadie el cuidado de aquel ser tan querido como infortunado. La amante y solícita hija turbada a la vista de un extraño se puso rápidamente en pie y preguntó, ¿Señor, tiene Ud. padre? Y al responder el embajador afirmativamente, añadió.—"Permítame Ud. entonces que termine de dar a mi padre este alimento.

Encantado del amor filial de la hermosa princesa que con infinitas atenciones y ca-

rias trataba de hacer olvidar al ex-soberano, sus viejos dolores, el embajador partió a la corte germánica, donde se le dispensaron grandes honores y donde conoció muchas princesas opulentas y hermosas, pero soberbias, hipócritas y viciosas.

Entonces escribió al Rey: "He conocido muchas princesas, todas ricas, cultas y gentiles; pero he visto una, sumamente hermosa, cariñosa, llena de abnegación y la sorprendí mientras daba con su propia mano de comer a su padre enfermo. Qué me ordena Vuestra Majestad?"

Y Luis XV respondió.—"Pedid en mi nombre la mano de la princesa amante que tanto quiere a su padre" De este modo por su ternura filial, por su abnegación con el autor de sus días, María Leezinska fué reina de Francia.

R.